

cido jugará con el áspid en el regazo de la madre, y el que acabe de destetarse llevará la mano á la caverna del basilisco! Estos animales ya no harán ningun daño, porque la ciencia de Dios, inmensa como el mar, habrá inundado nuestra tierra. Entónces te complaceremos satisfactoriamente, Madre cariñosa que con tanto amor rompiste nuestras ligaduras: entónces recibirás con mayor agrado el sacrificio de alabanza que te ofrezcamos: entonces, libres del pecado y de la muerte, podremos manifestarnos dignos hijos de tan augusta Madre; y entonces diremos con confianza: somos verdaderamente felices.—Así SEA.

SERMON

QUE EN LA
SOLEMNE FUNCION CELEBRADA POR LA

SAGRADA MITRA DE MICHOACAN

EN EL DIA 12 DE FEBRERO DE 1853

PREDICO EN LA INSIGNE COLEGIATA
DE NTRA. SRA. DE GUADALUPE

EL PBR. JOAQUIN LADRON DE GUEVARA

SENADOR POR EL ESTADO DE GUANAJUATO

*Magnificat anima mea Dominum, et
exultabit spiritus meus in Deo salutari
meo.*

Glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en Dios, que es mi salvación.

San Lucas, cap. I, v. 46.

En este solemne día, en el santuario misterioso que conserva esplendente ese prodigio celestial, timbre singular de nuestra patria querida, en la festividad augusta que reviviendo la memoria de un favor insigne, agita con movimientos deliciosos el corazón entusiasmado de los católicos mexicanos, basta enunciar la cláusula significativa del sagrado texto, para que los fieles comprendan su justa aplicación á la conducta nobilísima de nuestra muy

dulce Reina de Guadalupe, sobremanera tierna y en extremo generosa. El Ser Eterno, incommensurable, perfectísimo por esencia, y que contiene en sí mismo la fuente única, verdadera y universal de la suprema dicha, resolvió, en los decretos arcanos de su bondadosa sabiduría, descender, por la salud del humano linaje, del seno encumbrado del Padre infinito, y mediante la suavísima voz del ángel excelso, comunica á la bienaventurada Maria la irrevocable elección que ha hecho de su persona para la dignidad maternal; dignidad la más elevada, la más bella y esclarecida, que despues de la que obtiene el Verbo encarnado, domina á las potestades del orbe entero que la veneran sobrecogidas de sorpresa, de gozo y asombro.

Cuando las inteligencias sublimes del paraíso y las mansiones todas del emíreo, atónitas, escuchan la más grata nueva que los siglos percibieran, admirando grandeza tanta, proclamando aquella virtud excelente, y entonando himnos á la Virgen escogida, entónces, esta predestinada hija de David, no busca los soberbios palacios de los Césares, no el recinto en que se encuentran los graves doctores de la antigua Sinagoga, ni el brillante aparato de las romanas huestes, ni el concurso numeroso de las tribus privilegiadas para ostentar su majestad, recibir merecidos homenajes y demandar el incienso de públicos parabienes; al contrario, presurosa se retira á la soledad de las selvas, solicita la apartada habitacion de su familia recóndita, adornada de modestia extraordinaria, visita á su prima Isabel y explica la humildísima resignación á los inescrutables designios del Omnipotente, exclamando con acento expresivo que embargó de pismo á los encendidos querubines: "Glorifica mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios, que es mi salvación." Coronada ya emperatriz de la mística Jerusalem, soberana de los mundos y señora de los justos, ansiosa acude á los moradores desvalidos de nuestro suelo, les repite que son hijos suyos, adoptados en el Gólgota san-

griento, y les declara que se constituye en este sitio desde luego objeto de constante reverencia, protectora especial é infatigable. Si el amantísimo Jesus, al consumar el ingente sacrificio que le costara nuestra valiosa redención, consultó á las facultades de su poder sin límites para quedarse entre los hombres bajo mil y mil formas del Eucarístico Sacramento, Maria, puntual en imitarlo, con proporción á los arbitrios de una pura criatura, se ha presentado en diversos tiempos y lugares varios de la cristiandad, para indicar lo intenso de su cariño, la eficacia de sus voluntades é indeficiente anhelo por ampararnos. Unas veces se ofrece á nuestros respetos, prestando á la invocacion los nombres atractivos de paz, refugio, consuelo, mercedes y piedad; pero en estas afortunadas regiones toma la denominacion de Guadalupe, conceptuosa, indefinida, general y llena de encantos, insinuando que las necesidades, aficciones y angustias todas, hallarán en su misericordia inagotable remedio, aliento y socorro, siendo la designacion portentosa de su imágen la que oye complacida en los arrullos de la cuna la inocente infancia, mitiga las agonias del moribundo, convierte al delincuente endurecido, hace bañar el pavimento de este amado templo con benigno llanto, que nunca fuera vano, dirige los gemidos á las aras de ese altar, en donde son siempre cordialmente acallados, y levanta al través de esas bóvedas el ardiente ruego, que jamás fué desatendido. Conozco que al exponer el asunto interesantísimo de mi pobre discurso, las alborozadas emociones de vuestro pecho, acordes como las armonías inefables que resuenan sobre los confines de las esferas, se anticipan á cualquier idioma por elocuente que ser pudiera, resultando pequeñas las frases, lánguido el lenguaje é insuficientes las palabras. Empero el sacerdote exige encaminar de algun modo el espontáneo fervor del auditorio devoto, que ahora tributa la ofrenda de sus sinceros afectos, y por tanto procuraré demostraros la calidad sin igual de nuestra Madre; *magnificat anima mea Domi-*

num: el honor con que nos ensalza, *et exultavit spiritus meus*; y los auxilios abundantes que nos ministra *in Deo salutari meo*. Temerario é imperdonable intento sería que los frágiles lábios de un miserable mortal osaran descifrar los conceptos incomprensibles de la religion santísima, si no se esperase que llovieran sobre la mente de quien habla desde la cátedra de las verdades, los torrentes invisibles de luz que distribuye el Espíritu infalible, y yo aguardo conseguir su gracia por la intercesion muy alta de su inmaculada Esposa, usando de la feliz salutation pronunciada por el mensajero del Creador.

—AVE MARIA.

—

Magnificat anima mea, etc.

La cabidad amplísima del espacio en que reverberan los esplendores de astros innumerables, colocados sobre los abismos oscuros de la nada al principio de las edades, la sucesion regular de las estaciones que renuevan sin cesar, ó cambian de continuo los vistosos cuadros de la naturaleza fecunda; el inmenso caudal de las aguas que encierra el vasto océano en sus ricas profundidades; la verdura y esmalte de los extensos campos; la nube bienhechora que oportunamente fertiliza la tierra desecada, y en suma, las dilatadas dimensiones del firmamento, así como la hoja ténue arrebatada por los aires, son otros tantos vehementes oradores que pregonan las obras estupendas del Autor inmutable que tantas maravillas ha formado. Descúbreuse todavía más próximos los destellos de la Divinidad en las íntimas relaciones con que nos permite vislumbrar su magnificencia incomparable. Destinado Noé á ser nuevo tronco de nuestra especie casti-

gada, alcanza las instrucciones conducentes para que venciendo su arca las zozobras, se sobrepusiera al ímpetu exterminador de las corrientes del diluvio; señalado Abrahan cabeza y origen de los legítimos creyentes, se le promete una descendencia, como las arenas del mar, ro sujeta á guarismo alguno; Jacob entiende los secretos del Mesías futuro en su aparicion manifiesta; electo Moisés candillo invicto que libertara á sus compatriotas de la ignominiosa esclavitud que los agobiaba, marcha acompañado de hazañas milagrosas, y el tránsito á pié enjuto, la columna de fuego que le guía, la roca refrigerante del desierto, y los relámpagos formidables del Sinai que atronaba las llanuras, atestiguan su importante mision y recursos sobrenaturales; Josué somete á su obediencia al luminar que preside á los dias, ordenándole suspenda su carrera; las murallas de Jericó se desploman al sonido de bélicos instrumentos, y en fin, los patriarcas, profetas y demás personajes ilustres de la primitiva alianza, llevan impreso el sello respetable de su carácter distinguido. Llegado el momento escrito en las páginas más notables del libro indestructible, en que la diestra del Hacedor esculpió los acontecimientos de nuestra apetecida reparacion, se realizan los vaticinios de contento, se verifican los pronósticos de júbilo y se observan los efectos prepotentes del exquisito amor, puesto que una mujer, hija del ingrato Adán y hermana nuestra, fijó las miradas del Salvador, que la predica Madre suya, y participante de la autoridad de su trono impercedero. Como al despuntár la risueña aurora vemos con gusto desaparecer el manto lúgubre de la noche pavorosa; como el enfermo que yacia en el lecho de la orfandad, aquejado de dolencias atroces, experimenta satisfaccion indecible cuando recobra su vigor perdido, y una mano amiga aleja sus quebrantos; y como el fugitivo, que despues de atravesar arriesgados precipicios, logra sosegado é inviolable asilo, enajenado refiere su inopinada fortuna; así, despues que la amarga historia de las calamidades de los pueblos

descorre ante nuestra vista horrorizada la espantosa serie de crímenes, alevosías, maldades, tiranía, infamias, desgracias, debilidad, desaciertos y miseria, que componen el tejido de nuestra precaria vida, trasportados quisiéramos pulsar la lira encantadora que vibró bajo los dedos del inspirado poeta de Sion, á fin de propagar la noticia de nuestro engrandecimiento súbito, al contemplar que nos pertenece Maria, colmada de gracias, engalanada con los dones superiores más raros y admirables, alaviada con la inocencia sin mancella, espejo clarísimo que, según el sentir del elocuyente Bernardo, retrata con exactitud inequívoca los atributos de Dios, y es manantial perenne de todas las virtudes. La intrépida Judith, cuyo triunfo evitó la completa ruina de la ciudad de Bethulia, la prudente Abigail, aplacando la ira del militar ofendido, que amagaba con los estragos de su venganza provocada, y la piadosa Esther, que detuvo al borde del sepulcro á sus deudos y conciudadanos, á quienes arrojaba en él la tremenda sentencia de Asuero, instigado por los rencores y la envidia, quien enternecido le asegura, que no por ella, y si por los demás se promulgó la ley que vedaba acercarse á su presencia: *Non pro te sed pro omnibus hæc lex constituta est*, solo se consideran sombras, figuras ó ligeros bosquejos de las relevantes prendas y valimiento inconcebible de Maria, bendita en la duracion de todas las generaciones. El que con su aspecto hace estremecer el eje de los planetas, aterra á las potencias del averno, y causa la alegría de los serafines, descansa sus afecciones en Maria, como en el centro de sus complacencias infinitas; el vencedor de la iniquidad, restaurador de nuestros blasones, á quien se dieron por herencia todas las comarcas y reinados, la exaltó como limpio relicario para reposar dignamente el Hombre Dios; el que con su espíritu vivificador animó el conjunto de las criaturas, desprende el rocío de los perdones, borra las manchas de la culpa, y ejecuta la justificacion de las conciencias, la aclama su esposa estimadísima, acreedora á la

más amartelada é invariable predileccion. La Trinidad adorable, pues, se ha esmerado en condecorar la persona de Maria, sin que la imaginacion audaz pueda figurarse ó inventar otra que le sea comparable, infririéndose justamente las preeminencias exclusivas que disfruta. *Magnificat anima mea Dominum*. Confesamos la ameritada celebridad del monte que presenció la sancion de la ley temible de Judá; del Tabor, que sirvió de régio tabernáculo á Jesucristo trasfigurado; del Calvario consagrado, que se empapó en la sangre humeante y preciosa del Redentor; y sin embargo apreciamos en mucho la eminencia, poco levantada de Tepeyac, que es para nosotros como segundo término de religiosa meditacion, enseña de prosperidades, tesoro de esperanza, muro inexpugnable de defensa, y blanco de las nacionales simpatías, sin envidiar las cumbres del Vesubio, superadas por las llamas, ni las cimas, que mecen la copa de sus árboles más allá de las nieves deslumbradoras, ni la mole disforme y prolongada de los robustos Andes. Sumergida en las horrendas nieblas de la supersticion degradante la poblacion originaria de estos países, doblando sus habitantes dóciles la rodilla ante absurdos é inmundos simulacros, inmolando atrozmente víctimas sin cuento á la vanidad de mentidas y abominables deidades, ligados con hierros vergonzosos al arrogante carro del feroz Luzbel, ignorado ó desconocido el Dios que nos sustenta, determinó la indulgente Providencia propagar aquí su doctrina evangélica, esclareciendo el horizonte la fe consoladora que revela la jerarquia de nuestros destinos. Aun se mezclaba al grito civilizador de las recientes costumbres el estruendo de las armas conquistadoras, cuando aparece el iris bellissimo, signo perpetuo del pacto estable de nuestras creencias, pues la Madre finisima que no olvida en el sòlio de los cielos la indigencia de sus hijos menesterosos, construye este alcázar, en donde admite, valoriza y recomienda sus votos como la más vigilante abogada. Interpuesta al Sol de Justicia para que sus

enérgicos rayos no intimidan á los infelices sobresaltados; sumiso el semblante, y el ademán de quien ruega implorando clemencia, vestida de un ropaje de estrellas que prueban la munificencia del Monarca del universo, teniendo á sus plantas un súbdito que por su categoría y actitud confirma la superioridad de princesa tan amable, situada como pedestal la luna apacible, que esparciendo sus trémulos resplandores semejan á las tranquilas expansiones del ánimo, dibujan la hermosura peregrina que en el dialecto de los aztecas, es llamada Tecuantlozue, esto es, vencedora de la serpiente ó de la malicia, que atormenta los instantes de nuestra existencia: *Et exultavit spiritus meus*. Con razón el Jefe de la Iglesia califica la ventura que hemos alcanzado, prorrumpiendo en aquellas voces que frecuentemente debemos repetir: *Non fecit taliter omni nationi*.

La perspectiva fascinadora con que seduce á los incautos la ambición, brindando á un ente débil con la plenitud de dominio, los goces de la arbitrariedad, el halago de las exigentes pasiones, las lisonjas del orgullo y la usurpada nombradía; la sólida preponderancia, las comodidades, atenciones y distincion, que parece afianzar la codicia, acopiando en tenebrosas arcas las riquezas, efectos tal vez del despojo, las depredaciones y reprobados procederés; los prestigios de la novedad, que vestida de pomposas galas, circula como viento, y cual desatado huracán doblega ya la corpulenta encina, ya la delgada caña, son causas lamentables de trastornos, perversion y delirantes pretensiones. Difundiendo la sensualidad, cual encendida y destructora lava, sus multiplicados aliecientes, promete á los livianos un engoñoso bienestar en los deleites torpes, prohibidos y fugaces, dejándose sentir las consecuencias funestísimas de la prostitucion envilecida, el adversario comun, con exquisito artificio, disfraza la fealdad repugnante del error, perturba el juicio, oscurece el entendimiento con ingeniosos sofismas, invierte el raciocinio desfigurando las ideas y arrancando

un forzado asentimiento; mas el discípulo del Crucificado, al sufrir los sucesivos y simultáneos ataques de tan poderosos contrarios, recuerda que en Guadalupe tiene una favorecedora, que le proporciona el casco de la fe, la armadura de la esperanza y el escudo de la caridad, saliendo victorioso de pugna tan obstinada. Cuando á la imparcial representacion de sus delitos sucumbe el criminal, agobiado por los golpes del despecho; cuando al umbral de las puertas de la muerte lo que menos asusta es el descenso á la honda fosa, en comparacion de los terrores inexplicables, con que molesta el sentido intimo, llorando el abandono de la amistad, y la ingratitud, que se encarna en los postreros momentos, la misma incansable intercesora exhorta, y de los ojos en que antes se pintara el furor de la desesperacion, brotan lágrimas copiosas de legítimo arrepentimiento, y la última hora no es reputada ya como odioso término, sino como el punto de partida para que el desterrado vuele á su patria suspirada. Si las lluvias niegan su ordinaria influencia á las mustias sementeras, que el fatigado Labrador observa inconsolable cercanas á perecer; si el genio revolucionario lanza sus dardos envenenados para excitar las venganzas, promover las represalias y provocar la lucha fratricida; si la peste desoladora amenaza invadir con su álito mortífero desde los artesones dorados hasta las chozas miserables, la misma madre y con igual esmero, vuelve la abundancia, disipa las epidemias y encadena la discordia. Su nombre adorado es la señal del triunfo que el guerrero mexicano invoca al sonar el clarín de las batallas, y si alguna vez el enemigo de nuestra república ha podido blasfemar, como el Filisteo, preguntando dónde está el Dios que defiende á los hebreos, ha sido como una saludable leccion para que reconozcamos, postrados, al Señor de los Ejércitos, abjurando la soberbia, el egoismo y mezquinas aspiraciones.

Antes se desquiciarán las máquinas del universo, que falte cumplimiento á las aserciones del oráculo infecti-

ble, y puesto que ha dicho que las preces del que se humilla traspasarán el velo majestuoso y penetrarán en sus oídos, ocurrimos á tí, Virgen Santa de Guadalupe, imán de nuestros corazones, protectora de nuestra nación, porque tuyo es nuestro patrocinio, tú eres la gloria de los mexicanos: *tu gloria Jerusalem*: tú la honra de nuestro pueblo: *tu honorificencia populi nostri*: tú la alegría de nuestras familias: *tu letitia Israel*: concédenos que la ley de Jesucristo sea nuestra ciencia; su religión, el término de los deseos, y el amor suyo y de nuestros semejantes el móvil de las acciones; y que el afecto crecidísimo que te profesamos, se continúe perdurablemente en la bienaventuranza.—AMEN.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PREDICADO EN LA CATEDRAL DE PUEBLA
EL 12 DE DICIEMBRE DE 1870

POR EL

PBRO. BARTOLOME ROJAS

Spiritus Domini super me ut et predicarem clausis apertionem: et consolaret omnes lugentes.

El espíritu del Señor me envió para predicar la libertad de los oprimidos y consolar á todos los que lloran.

Is., cap. LXI, v. 12

Beatam me dicent omnes generationes.

Me llamarán Bienaventurada todas las generaciones.

S. Luc., cap. I. v. 48.

¿Quién es esta Mujer llena del espíritu de Dios, con la gran misión de consolar á los que lloran, que se gloria de una felicidad cuya memoria deben conservar incólume los siglos venideros? ¿Quién es esa Mujer que na aparecido en el mundo, no envuelta en las ricas telas del Egipto

to, bordadas de oro y perfumadas con el nardo, sino entre los suspiros y las lágrimas de su madre anciana, y el humilde aparato que apenas ofrecerle pudiera su pequeña casa de Nazaret? ¿Quién es esa doncellita divinamente encantadora, la primera que en el mundo pronunciara el nombre de salvacion, que cree poder dominar la incertidumbre del porvenir? ¿Olvida acaso que la vida tiene dos puertas; una por donde se entra, entreabierta por la ilusion, la esperanza y la alegría; otra por donde se sale, cuyo cancel guardan frecuentemente el remordimiento, la decepcion y la desgracia? Y cuando la dorada copa de la existencia estuviere para ella exenta de hiel y de agenjo, ¿quién puede garantizarle que su nombre salvará gloriosamente las injurias del tiempo? La historia que registra cuidadosamente en sus fastos los trágicos dolores y los sangrientos infortunios, enmudece y calla, tratándose de las dichas ignoradas que, como la flor del campo, se marchitan á la sombra del olvido, ha dicho por sus lúgubres canciones el Príncipe de la tierra. El espíritu del Señor está conmigo, para que consuele á los que lloran, dando la libertad á los oprimidos; por esto me llamarán bendita todas las generaciones. Extrañas palabras que á primera vista parecen una paradoja sublime, y que lanzan un desafío al porvenir. ¿Quién ha podido pronunciarlas? Acaso una princesa á cuyo derredor todo sonrie y que ve anticiparse á sus menores deseos una turba de palaciegos y de aduladores cortesanos? ¿Por ventura una reina opulenta, reclinada en el s6lo de la majestad, ante cuyo cetro de mujer ve inclinarse sus frentes á los pueblos más indomables? ¿ó una madre cari6iosa que en un éxtasis de amor, contempla á su hijo coronado por la gloria de cien batallas, y cuyo corazon se siente embriagado por el orgullo de la satisfaccion? No, señores, y mil veces no; quien ha hablado á principios del siglo XVI, en la cima del Tepeyac, salvando las distancias del tiempo, como en otro tiempo lo hiciera atravesando las montañas de la Judea, como en las culturas de su

trono profético, con un lenguaje tan elocuente como sublime, es, la Madre de Jesucristo, el gran tipo á través de cuarenta siglos, de todas las alegorías bíblicas, el centro de todas las teogonías de los antiguos pueblos, de quien fuera predicho que seria el orgullo de los siglos, el precioso ornamento de las generaciones venideras, *ponam te in superbiam saeculorum*; es, en una palabra, la Virgen mexicana más hermosa que el oro óptimo; más graciosa que la flor entreabierta á la luz del primer día, á quien festejamos hoy bajo el título de María Santísima de Guadalupe; advocacion más dulce por su significado que el virginal amor, más suave que la sonrisa de los ángeles, más consoladora que los pensamientos del cielo. México la invoca con ella trescientos años há, porque la ha visto cual la anunciara el más ilustrado de los profetas, llena del espíritu de Dios derramando el consuelo, y rompiendo las cadenas de un pueblo oprimido, y porque ha escuchado el canto de mil y mil generaciones, que unánimes y concordés, se han levantado para proclamarla bendita. *Spiritus Domini, etc. Beatam, etc.*

Sed indulgentes, señores, y perdonadme que habiéndome tocado en suerte ser el orador de Guadalupe, siendo el asunto de interés nacional, abundando en estos sentimientos, toque no más someramente el hecho grandioso, dueño de la solemnidad de este día: primero, porque él ha sido enarrado mil y mil veces en esta augusta cátedra con mucho tino por sabios y dignos sacerdotes; y segundo, porque atendidas las exigencias de la época, sin violentar el sentido de las palabras que me sirven de texto, importando su significacion un protectorado, quiero que fijéis vuestra atención en la gran mision que María Santísima de Guadalupe ha desempeñado entre los mexicanos, especialmente en los tiempos modernos. Examinaré la materia bajo la doble influencia de la revelacion y de la historia, más claro, mirando á María Santísima de Guadalupe serena y triunfadora, dispensando su proteccion á los mexicanos, no obstante los empujes bruscos de

la impiedad, en la fatal época en que vivimos. Digo pues: María Santísima de Guadalupe condena desde el Tepeyac, sosteniendo entre nosotros la fe y los derechos de la divinidad, las tendencias socialistas del filosofismo moderno.

Primer punto: María Santísima de Guadalupe es depositaria de un poder que salvará á México de los estragos causados por el filosofismo moderno.

Segundo punto: Sea la demostracion de estas verdades. ¡Oh Madre Santísima recibe la humilde florecita de un hijo que entregado al dulce abandono de publicar tus glorias, viene á presentarte; pobrisimo es el don, más pobre quien le ofrece; pero en cambio, señores, mi amor es cordial y con él te saludaré diciendo:—AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

¡Cuán felices eran, señores las días de la Iglesia mexicana, y cuán venturoso el porvenir de nuestra sociedad, antes que sufriera los rudos golpes del filosofismo en sus diversas ramificaciones! Bajo el calor de la civilizacion católica, se desarrollaban los elementos de la felicidad pública, y con la fe y la moral florecian el órden, la paz, el respeto á los vínculos sociales, la soberanía de las leyes y la estabilidad de las instituciones; pero destinado este hijo del protestantismo á recorrer el mundo todo, dándole un golpe en la arteria magna é inoculándole con

su letal veneno, tocóle á nuestra cara patria, á la infortunada México, su turno, y ha venido á ser victima de las delicias de Rousseau y de Voltaire.

Del voraz incendio que produjo Lutero en Alemania y del que el filosofismo es un grado más, nosotros somos las cenizas; por eso ya experimentamos las consecuencias avanzadas de un malestar continuo, en la indiferencia religiosa, en la inmoralidad casi general, en la irreligion y vergonzosa apostasia de muchos; sobre la frente de nuestra sociedad desquiciada, véanse las hondas huellas de abominables vicios, compendiados en la avaricia, la usura, el orgullo y la lascivia, que naturalmente han prohibado el materialismo y el socialismo.

En Inglaterra entró el filosofismo por el amor lascivo; recordad el cisma de Enrique VIII, resultado de su criminal conducta con Ana Bolena; en Alemania, por el amor al dinero; en Francia, por el amor á la novedad; pero entre nosotros han hecho maridaje estos tres alicientes; tentacion por cierto demasiado peligrosa y seductora, y no nos hagamos ilusiones, estamos contaminados de materialismo. ¡Ay de nosotros si á la presencia del simulacro Guadalupano no se contiene ese torrente devastador que nos lleva al abismo! ¡ay de los mexicanos si por María de Guadalupe no se extingue esa fuente fétida, ese espíritu satánico, que escarnece y ridiculiza todo lo bueno! Diréisme tal vez que aun queda probidad entre nosotros, pero probidad vaga é incierta; diréisme que hay virtud, pero virtud acomodaticia que trata de capitular con Dios y que transige con las ideas disolventes del siglo; por eso vemos católicos á medias, extraviados por el filosofismo, lo que en idioma biblico del gran Pio IX (léase su enciclica de 18 de Marzo de 1861), debe llamarse una locura y un escándalo.

Del profundo conocimiento que tenemos de unos males, que extendiéndose por todas partes han fijado su morada hasta en el corazon de la familia, surge la necesidad imperiosa de un faro luminoso que nos guie en medio de

tinieblas tan palpables, aun más que las de Egipto, y este faro, esta lámpara inextinguible, es María Santísima de Guadalupe, única des pues de Jesucristo que condeñando con su presencia las tendencias sociales del filosofismo moderno, sostiene de un modo maravilloso la religión católica, que es la mejor filosofía de la historia, como ha dicho sabiamente un profundo pensador. Quitad de las montañas del Tepeyac á María Santísima de Guadalupe, y vendrá por tierra la paz del alma, el reposo de la sociedad y la ventura de México, apoderándose de nuestra nación el temor hereditario del Eden, del Diluvio y del Sinaí. Jamás, señores, como pregonan los campañólogos de nuestros carnavales políticos, ó llámense protectores de la civilización moderna, los individuos y las sociedades sucumben por falta de luces y de dinero, sino por escasez de creencias, de principios y de virtudes. Roma pagana, pobre y potente en su cuna, sabia y virtuosa en su juventud, pero viciosa y corrompida en su vejez, no sucumbió á los golpes de la barbarie, sino por su depravacion y el crimen de su incredulidad; por eso Dios, para salvar á México en medio del gran cataclismo religioso social, permitió la descension de su Hija primogénita entre nosotros, para que su culto revestido de diversas formas, incarnándose en todos los objetos y hasta acomodándose á las manifestaciones populares, siguiendo el curso de los siglos, desde el XVI, hubiera llegado al XIX, heredero de todos los errores y por esto tan impropriamente llamado de la ilustracion y del progreso. No podeis negar, señores, sin negar la evidencia, que María de Guadalupe con los encantos y hasta con las facciones y el color de una virgencita mexicana, y los dulces atractivos de una mujer divina, verifica casi cuotidianamente una nueva redencion, salvándonos de los errores de la impiedad, presentando á los mexicanos en su simulacro el tipo más perfecto, el más bello ideal de la moral evangélica. María de Guadalupe vive en el corazon de nuestros pueblos como un pensamiento de gloria y de amor;

por eso desde los dias de la conquista es saludada como la aurora de la redencion mexicana; por eso la coronamos de laurel inmortal, cantando en este dia á nuestra augusta Princesa, esta cancion celestial, más dulce que la última estrofa del himno de un Arcangel: *Non fecit, etc.* Por eso María de Guadalupe tiene un altar donde hay un corazon verdaderamente mexicano, y quiere decir todo esto que México atesora pruebas irrefragables del amor de María, que de ella ha procedido toda idea sublime, regeneradora; que en su nombre se han creado esas instituciones altamente humanitarias.

Vistense los asilos de beneficencia, búsqese el origen de esas casas de refugio donde se alberga todo cuanto en el mundo vive privado de esperanza y de porvenir; donde quiera el nombre de María de Guadalupe se hallará en primer término en las lápidas de su fundacion, porque todo lo útil y civilizador se ha realizado por su influjo en el periodo de trescientos años. ¿Cupo en el cerebro delirante de los sectarios del filósofo de Ginebra, con toda su decantada filantropía y sus pomposas palabras de libertad, igualdad y fraternidad, que entre nosotros han sido un sarcasmo, dar á Mexico religion, independencia y union, tres garantías marcadas en los tres colores de nuestro pabellon nacional? Hé aquí el pensamiento gigante que realizara nuestra augusta Madre; consultad, señores, los monumentos tradicionales más bellos de la literatura eclesiástica mexicana, y encontraréis una brillante página en la historia. ¡Cuán lisonjeras son estas memorias para un corazon Mariano! Yo te saludo, ¡oh venturoso dia 9 de Diciembre de 1531! perdurable en los anales de México, en que apareciendo María de Guadalupe sobre las crestas de los montes, vestida de azul y plata, se presenta á un neófito recién convertido! ¡Oh palabras inmortales dignas de grabarse en nuestros corazones con los rayos del sol, dichas por María á los mexicanos en la persona de Juan Diego, muy semejantes á las que el Señor dijere en otro tiempo á su antiguo pueblo: "Yo te

amo desde que te has hecho á mis ojos honroso y delicado; tu docilidad me enamora, tu sencillez me encanta, mis delicias serán estar contigo, y contigo permanecerán mi corazón y mis ojos." Sin sentir, señores, he tocado la época feliz de la cual data nuestro engrandecimiento, bajo el protectorado de Maria. Los mexicanos, sin ser más que unos seres degradados y envilecidos, formaban un pueblo de adquisición colmado de bendiciones. Ella con el espíritu de Dios les consolará en sus amarguras, quebrantando las duras cadenas que arrastraran por trescientos años; ella con una prodigiosa y dulce violencia, obrará en sus corazones aquella trasformación que no pudieron conseguir sus conquistadores, sus más célebres capitanes, con la metralla del cañon fratricida y con todo el gran aparato militar de sus armas; y si entonces temblaron los ídolos, cayeron por tierra las estatuas de las falsas divinidades, y el antiguo dragon bramó oprimido por la planta de la Virgen mexicana, tiemble hoy el filosofismo moderno, mirando favorecer á su pueblo querido, y condenando siempre sus tendencias socialistas. Bendiganla mil veces todas las generaciones. Hasta aquí la primera parte, pasemos á la segunda.

SEGUNDA PARTE.

Una mirada retrospectiva al antiguo continente, basta para que conozcamos que allá el filosofismo está perdido, mendigando prosélitos, para conservar su precaria existencia. Descuadrado y ruinoso en Europa ha buscado

asilo en nuestro país, y ¡singular contraste, increíble verdad, si no estuviera patente á nuestros ojos! La Europa desengañada de tanta maldad, ya busca asilo en la religion católica, único apoyo que pudiera salvarla en tan inminente peligro; y ¿á quién ha debido este conato de la fé, esta esperanza de su salvacion, sino al poder é influjo inmenso de la Santísima Virgen? La obra de la conservación de la religion católica entre los mexicanos, es un hecho que pasma, atendidos los elementos que la impiedad pusiera en juego, para que naufragaran con el culto de Maria Santísima de Guadalupe, los destinos de la religion, de la patria y de la Iglesia. En la consignación de este acontecimiento múltiple, cedo la palabra al eminente escritor que con suma elocuencia cantara las glorias de la Madre de Dios, en tres producciones dignas de San Juan Damasceno y de San Bernardo; en ellas brilla la verdadera sabiduría en todo su esplendor, en toda su magnificencia, haciendo palpables los extravíos filosóficos, confundiendo los sectarios racionalistas con torrentes de luz, sacados del hogar de la ciencia católica. Hablo de Augusto Nicolás. A la manera, dice, "que un adolescente crece en una crisis que puso fin á sus dias, México volverá á levantarse de su postracion, más grande, más ilustre, y este ilustre convaleciente, deberá su renacimiento á la Madre querida que le dió la vida por primera vez." No me quiero acreditar de profeta, señores, entre vosotros; se trata de una historia, de un hecho que está pasando. Por todas partes vuelven los mexicanos á Jesucristo por Maria de Guadalupe, cuya sagrada imagen conmueve nuestros cuidados y alegra nuestros campos; allí, colocada bajo las bóvedas de pámpanos y jazmines, merced á nuestra excelsa patrona, los quebrantos que la Iglesia mexicana sufriera, victima de tantas depredaciones sacrílegas, se han convertido en triunfos morales, superiores y con mucho á los que hubiera obtenido en dias bonancibles de tranquilidad y de paz; triunfo glorioso es para Maria Santísima de Guadalupe, ver

á la mayoría de los mexicanos unidos íntimamente al esclarecido pontífice Pío IX, nuestro amante padre á quien unos cuantos hijos espúreos, filósofos modernos, con su jefe Lutero, le llaman el bandido de Roma, el chocho del Vaticano, el lobo animado por Satanás. Triunfo glorioso es para María Santísima de Guadalupe, los grandes resultados de las famosas misiones de las Californias, del Perú y de Quito. La celebracion de los concilios que han formado la disciplina canónica de México y de Lima; por último, triunfo glorioso es para María la manera eléctrica con que la religión de Jesucristo se ha propagado desde Nicaragua y Yucatan, hasta las Californias, Sonora y Sinaloa. A ella se debe esa multitud de Ilmos. señores arzobispos, obispos y prelados, tan célebres por su virtud y sabiduría; á ella tantas universidades, tantos seminarios, de donde han emanado hombres grandes en la extension de la palabra, en toda clase de literatura; á ella, en fin, la destruccion de las herejías, y tantos actos de virtud, cuantos se ven practicar en la América. Mas me direis, señores, ¿de dónde viene á la Virgen de Guadalupe ese poder tan extraordinario? Viene de su carácter de corredentora, viene de que por ella comenzó la salvacion de México, y por ella debe consumarse; viene de su reinado, viene, por último, de la gran mision que le incumba desempeñar, siempre quebrantando la cabeza de la serpiente antigua, siempre llevando en sus manos inmortales el cetro de todas las naciones y de todos los siglos. Demos la última prueba.

¿Qué ha conseguido en Francia el filosofismo con los dos libros blasfemos que Renan, el único especulador por excelencia, lanzó al mundo cristiano, intitulados: "La vida de Jesus" y "Los Apóstoles?" Con estas últimas convulsiones de la hidra infernal, lo único que se ha logrado, como en los días de Calvino y Nestorio, es abrir una nueva era de fe, para que el mundo dé un paso más en sus celestiales destinos, es aumentar la influencia sobrenatural de la Virgen Madre, dándole mayor brillo.

Por semejanza, señores, ¿qué alcanzarán nuestros actuales escritores, que en la prensa periódica se ocupan de impugnar el milagro guadalupano y todo por el empeño de destruir la unidad religiosa para descatozar al pueblo, arrancándole con sus creencias el ímán de su vida? Lo que han conseguido es, que hábiles apologistas, siguiendo el camino trazado por Orígenes, Tertuliano y Bossuet, les refuten victoriosamente, poniendo en claro sus falacias, notando sus anacronismos, con verdad, erudicion y lógica, haciendo caer el ridículo sobre tan asquerosos escritores, que en María de Guadalupe han querido vulnerar la creencia de tres centurias. Tiempo vendrá en que perseguidas por ella las sectas disidentes hasta en sus últimos atrincheramientos, les aparezca como la reina del Austro de que nos habla San Mateo en el tremendo día del juicio, sentada á la diestra de Jesucristo, en un trono de luz y de gloria; tiempo vendrá en que á todos aquellos que levantaron su frente orgullosa pidiendo el derecho de blasfemar de Dios, la soberana de nuestra nacion, empuñando en sus manos el cetro del mundo, de la gracia y de la gloria, les ponga á sus pies como enemigos, por unos triunfos que lleven el sello de un poder completamente divino. Mas dejemos, señores, á los hábiles del siglo que se entretengan en sus disputas, jugando con el mundo; dejemos á los impugnadores del milagro guadalupano, cavando como el cerdo el esterquillino, que en herencia han recibido de los antiguos heresiarcas, para sacar de aquel inmundo albañal la gran novedad, los famosos dogmas de sus verdades materiales. Dejémosles en sus tendencias socialistas, en sus falsificaciones hipócritas unidos á los espíritas, mendigando el aura popular con el tráfico de la credulidad pública; dejémosles en sus tenebrosos antros, en sus lúbricas reuniones, mofándose de cuanto hay de más venerado en los anales de la tradicion; dejémos á esos juglares de corazon fementido, en sus utopías y teorías quiméricas, ocupados en grabar sobre la losa cineraria para ellos, el epitafio al culto de

Maria Santísima de Guadalupe. Vengan sobre nosotros sus recriminaciones; acéscenos ante el tribunal de la razón de fanáticos y delirantes, porque sin desfigurar la revelación ni trincar el Evangelio, nos honramos en celebrar las glorias de María en el Tepeyac. Sepan, y el mundo todo sepa con ellos, que tratándose de la Santísima Virgen de Guadalupe, es nuestra fe la fe de San Pedro, la fe de Nicea, de Constantinopla y de Calcedonia, la fe del Concilio Vaticano. Digan que nos engañamos burlándose de nuestras creencias acerca de las indulgencias concedidas á sus santuarios. Nos engañamos, les diremos, pero con nueve pontífices que se cuentan desde Benedicto XIV hasta Pio IX, protectores de su culto; nos engañamos, pero con los doctores y con los sábios, formando los anillos de la misteriosa cadena del protectorado de María; nos engañamos, por último, pero uniendo nuestra débil voz al canto de los siglos, siempre repitiendo que María Santísima de Guadalupe condena desde el Tepeyac las tendencias socialistas del filosofismo moderno, y que hay en María de Guadalupe un poder que salvará á México de los estragos causados por él.

Con razón, señores, en este día de tanta alegría para el corazón mexicano, parece que la aurora nos ha sonreído más halagüeña; con razón hoy parecían más dulces los trinos y gorjeos del inocente pajarito que canta en la enramada; con razón hoy las fuentes parece que tenían sus manantiales más llenos y sus cadencias más sonoras; con razón hoy al saludarnos extendiendo la mano, nuestros ojos, con un flujo y reflujo de tiernas miradas, parece que decían. alegrémonos, hoy es la gran fiesta de los hijos de Dios, porque hoy es la gran fiesta de la Virgen mexicana; hoy la Madre inocente besando á su niña, fruto santo de sus castos amores, la dice con ternura: ¡Oh cuánto te amo! tú te llamas María de Guadalupe; hoy el sacerdote en el santuario, la doncellita en el templo, la viuda como el huérfano, y el anciano encorvado por los años, vienen á apoyar sus votos por los rezos del altar.

Honor, gloria y bendición á la Beatísima Trinidad que en este día nos muestra á nuestra angusta patrona, coronada con las flores del jardín del Espíritu Santo. ¡María de Guadalupe! ¡ilustrísima Luz! ¡encanto de los cielos! Tú que tienes jurisdicción sobre las posesiones temporales del Espíritu Santo; tú, en quien se ven maravillosamente unidas la ternura de la mujer con la misericordia de Dios; tú, que eres la esperanza de la humanidad creyente, deja caer una mirada de tus ojos sobre mi cara patria, sobre la Jerusalén mexicana, para que se reedifiquen sus muros que fieros Edomitas han echado por tierra; favorece al augusto Pontífice Pio IX, preso hoy y puesto al frente del sacrilego rey usurpador de su corona temporal; fortalece al Episcopado mexicano; bendice al venerable clero y á los fieles todos, especialmente á los habitantes de esta ciudad angelopolitana. Haz, en fin, que los mexicanos todos unidos con unos mismos vínculos de religión y benevolencia fraternal, sólo seamos divididos unos para cantar á Dios la gloria en las alturas y otros para anunciar á los hombres la paz en la tierra de buena voluntad.—ASI SEA.